

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo IV



Ciudad de Aviñón ~ Mayo de 1347

El aire de la tarde estaba impregnado del denso olor a lluvia; el cielo occidental se extendía negro.

El cardenal Lean llegó a Aviñón procedente de Inglaterra, irrumpiendo en el patio del Château Mallow en un carruaje fuertemente custodiado. El polvo se levantaba a cada paso de la comitiva, para luego ser engullido por las nubes de polvo que se arremolinaban ante el avance de la tormenta. Cuando el carruaje se acercaba a la entrada, Lean se inclinó hacia adelante, miró por una ventana y descubrió que algunos miembros de su vanguardia deambulaban aturdidos.

El capitán de la escolta de Lean espoleó a su corcel para que avanzara mientras reprendía a sus guardias desorganizados: «¡Pónganse firmes! ¡De pie!». Nadie obedeció su orden. El capitán detuvo a su corcel y agarró al más cercano. «¡Sargento! ¿Qué está pasando aquí? ¡Explíquelo de inmediato!». ¡Respóndeme ahora! El sargento levantó la vista aturdido, como si se estuviera desmayando en estado de embriaguez; tenía la mirada perdida y la boca le costaba articular palabra.

—¡Basta ya de esta ridícula farsa! —tronó el Cardenal. Lean salió disparado del carruaje, sujetando con una mano su sombrero de ala ancha mientras lo sacudía contra el viento.

El capitán y otros tres guardias se unieron al Cardenal y el grupo de Lean entraron en el castillo. Arriba, el zumbido constante se intensificó al acercarse a la alcoba del Cardenal Basiliste. Entraron en la habitación y se quedaron paralizados. Varios de ellos gimieron y desviaron la mirada. El Cardenal Lean sacó un pañuelo y se cubrió la nariz y la boca mientras un guardia corría hacia la ventana abierta y vomitaba.

Ante Lean, un Basiliste negro e hinchado yacía rígido en su cama, su rostro entregado a una masa adherida de avispas amarillas. Los insectos iban y venían por la ventana abierta, arrastrando gusanos picados lejos de los huecos de su cabeza. El Cardenal muerto no estaba más perturbado, ya que yacía rígido y pútrido, sus ojos secándose en el suelo como un par de monedas sucias. Lean miró por la ventana hacia las copas de los árboles distantes que se inclinaban y danzaban con los vientos de una tormenta que se acercaba. Luego volvió su atención al interior cálido, estancado y sofocante de la habitación, su aire inmóvil contaminado con leves rastros de lavanda y excremento humano envejecido. Varios insectos tamborileantes registraron a su persona, revoloteando y rodeando su cabeza como un halo zumbante,

Sin embargo, Lean no era hombre de deleitarse con tales sutilezas. Examinó los objetos del apartamento con mayor detalle, deteniendo su mirada en la hoja de pergamino que yacía sobre el escritorio; se adelantó para una inspección más minuciosa. Lean levantó el pergamino con las últimas palabras del Cardenal, que iban dirigidas a él. Poco después, el grupo salió del castillo con la misma prisa con la que había entrado. Lean repasó la carta mientras caminaba. «¡Los Apócrifos! ¡Corran como el viento!», gruñó mientras se agachaba en el carruaje. «¡Monten, de inmediato!», gritó el capitán a sus guardias mientras saltaba a la silla de montar. Los hombres se apresuraron hacia sus corceles. El capitán espoléó a su montura hasta la cabeza del grupo. El carruaje se sacudió y salió disparado hacia adelante. Lean apartó la vista de la carta y se estremeció. Con un ejército de veinticuatro soldados a la carga, el Cardenal cabalgó hacia el oeste, cruzando el puente del Ródano, alejándose de Aviñón, en dirección a los Apócrifos y hacia una monstruosa nube de tormenta que engullía el horizonte. Sin embargo, la atención de Lean estaba absorta en su grave responsabilidad ante el Concilio de los Apócrifos, y ante el Papa Clemente, quien permanecía ajeno a todo lo relacionado con el Concilio.

Tras el asesinato de los cardenales Javier y Basiliste, Lean era el último miembro superviviente del Consejo Superior; todo lo que el Concilio había mantenido oculto durante casi cinco siglos recaía ahora sobre sus hombros. Y aunque el derecho canónico decretaba que el Vicario de Cristo —el papa reinante— era el miembro de mayor rango del concilio, Lean sabía que podría ser difícil, si no imposible, acercarse directamente a Clemente. Anteriormente, como cardenal, Clemente había argumentado fervientemente en contra de cualquier propuesta que, a su juicio, fortaleciera la posición del Concilio de los Apócrifos. Clemente siempre había...

Lean sentía que el Concilio socavaba la autoridad del Colegio Cardenalicio. No albergaba ninguna esperanza de que Clemente hubiera cambiado de parecer tras convertirse en el Papa reinante. Sin embargo, estaba decidido a conseguir una visita con Clemente, incluso por la fuerza si fuera necesario. Y si llegaba ese caso, estaba dispuesto a justificar tal acto de insubordinación haciendo algo nunca antes visto en la historia del Concilio de los Apócrifos: sustraer las pruebas del archivo de los Apócrifos y presentárselas directamente a Clemente en persona.

Lean y Clemente eran opuestos en su carácter; chocaban. Ambos lo sabían. Lean era un hombre de pocas palabras: modesto, aprensivo y sincero. Clemente era imprudente e impaciente, disfrutando del lujo y la vida social; como Pontífice, su comportamiento era más el de un monarca elegante que el de un austero mensajero de Dios. Cuando conversaban, sus conversaciones eran formales, breves y, en general, intrascendentes. En los cuatro años desde la ascensión de Clemente al trono, el cardenal Basiliste se había dirigido repetidamente al Pontífice en relación con los libros apócrifos. En cada ocasión, se le negó una audiencia con el argumento de que otros asuntos más urgentes, como la construcción de un nuevo palacio, asuntos de Estado, finanzas e impuestos, requerían la atención inmediata de Clemente. Clemente descuidó el nombramiento de nuevos miembros para el Consejo Superior, incluso después de la muerte del cardenal Basiliste, y su inacción provocó la desintegración de este otrora poderoso órgano. Su declive fue casi con toda seguridad producto de una negligencia deliberada por su parte. Sin embargo, Lean ya no tenía más remedio que imponerse a Clemente y recordarle su responsabilidad ante el antiguo Consejo de los Apócrifos.

El Concilio fue construido en 1334 por orden del papa Benedicto XII, quien, a pesar de expresar su deseo de devolver el papado a Roma, trasladó todos los registros papales del Vaticano a su nuevo bastión en Francia. El edificio, semejante a una tumba, se alzaba en el vasto y húmedo valle del Ródano, rodeado por tres lados de profundos barrancos cubiertos de bosques secundarios y matorrales espinosos. Al este, las murallas de Aviñón se alzaban imponentes sobre el desfiladero del río, mientras que, justo al oeste, la grandeza de la ciudad se desvanecía, junto con su hedor.

Transcurrió menos de una hora antes de que la diligencia, fuertemente custodiada y con el sello de la Iglesia de Roma, ascendiera con dificultad por un sendero empinado y lleno de baches, oculto por altos grupos de árboles de hoja perenne. Las almenas de piedra que se alzaban oscuras tras los árboles tenían un tono de negro igual al del cielo que se extendía más allá. El cielo se cubrió de ceniza flotante; los vientos cambiaron de dirección y se convirtieron en hielo. Relámpagos; truenos; de repente, gruesas gotas de lluvia dieron paso a lluvias torrenciales. El séquito de Lean luchaba por subir por el estrecho camino embarrado, con varios guardias desmontados y cubiertos de barro presionando contra la parte trasera del carruaje en un esfuerzo conjunto por impedir que se resquebrajara.

Adelante. Lo sacaban de los charcos; adelante, centímetro a centímetro, pie a pie. Un relámpago iluminaba el camino mientras delineaba la silueta siempre amenazante de los Apócrifos.

Ninguna ventana interrumpía el exterior pétreo de la imponente fortaleza de bloques. Su única entrada estaba custodiada, día y noche, por guardias del Consejo, hombres elegidos personalmente por el Consejo Superior por su fuerza física y de voluntad, y su lealtad inquebrantable. Incluso el rígido protocolo de la Guardia Real del Rey Felipe palidecía en comparación. Dentro de esos muros custodiados yacían palabras de las Escrituras conocidas solo por unos pocos hombres vivos: desde los libros completos, antaño sagrados, de Enoc, Jubileos, Gigantes, Salomón y otros, hasta antiguos rollos escritos en lenguas no escuchadas en la tierra en mil años. Y desde artefactos de la Biblioteca Griega de Alejandría, destruida hace mucho tiempo, hasta cilindros de arcilla asirios que detallaban los años posteriores al Gran Diluvio y confiscados de los templos judíos. En las primeras cruzadas, el contenido de los Apócrifos guardaba todos los secretos existentes de la Iglesia y la mantenía bajo su custodia.

Lean buscó material que se encontraba en cuatro volúmenes de los Apócrifos, textos que el Cardenal conocía casi de memoria. Y aunque iba en contra de su buen juicio extraer algo de los Apócrifos, no podía imaginar una mejor manera de abordar la tarea que tenía por delante: convencer a Clemente de cosas que ningún hombre cuerdo se atrevería a creer que fueran ciertas.

La primera de las cuatro encuadernaciones fue la Estatua Física, la más grande de ellas. Contenía descripciones detalladas de los monasterios del Concilio y sus dos Piedras de Puerta. También contenía la historia de cada uno. La primera Piedra de Puerta fue desenterrada en 876, durante el reinado del Papa Juan VIII. Ubicado en las regiones montañosas de Umbría, dentro de los Estados Pontificios de Italia, el sitio de excavación también albergaba un antiguo asentamiento samnita. La segunda Piedra de Puerta fue descubierta en 877, bajo el Papa Esteban VI. Encontrado En la actual provincia de Auvernia, en Francia, el monolito se alzaba sobre una colina pedregosa, al sur del río Loira.

El segundo libro contenía las Proclamaciones del Consejo. En él figuraba la lista histórica de sus miembros, incluyendo a todos los Pontífices y consejeros que habían servido en los Consejos Superior e Inferior. También incluía los estatutos del Consejo.

El tercer vínculo fueron las Exclusiones de la Reforma, redactadas por el Papa Benedicto XII en 1336. Estas fueron enmiendas canónicas o cláusulas de exclusión a la bula papal: el Redemptor Noster. Permitted al Concilio gobernar sus dos monasterios de maneras que

lo consideró apropiado.

El cuarto y último texto que Lean buscaba eran las Traducciones de Naramsin, también conocidas por el Consejo Superior como las Transdivinaciones de la Piedra de Puerta. Estas frágiles páginas encuadernadas databan de hacía tres siglos y recibían el nombre de Naramsin, un escriba de la abadía, clérigo de los Gardiens que, gracias a su dedicación y entrega, había logrado descifrar por sí solo las inscripciones de los monolitos franceses. Estas traducciones representaban una versión en latín del extraño idioma grabado en las superficies de la piedra francesa. Y dado que los grabados en la piedra italiana eran idénticos, las páginas de Naramsin servían como traducción para ambas Piedras de Puerta, la de Franc

Lean sabía que cualquiera de los cuatro textos podría servir para despertar al desprevenido Pontífice al verdadero peligro que se avecinaba, pero se necesitarían los cuatro para someter al hombre a la voluntad de Lean, y así, a su voluntad. El control de los Apócrifos. Debe verlo, si el Consejo quiere sobrevivir. El carruaje de Lean se detuvo y él miró por la ventanilla para ver siluetas bajo una lluvia torrencial que se reunían en dos filas para flanquear un par de enormes puertas reforzadas con hierro: la entrada a los Apócrifos.

Dentro del Apócrifo y más allá de sus grandes puertas, antorchas iluminaban a una veintena de guardias resueltos que formaban una línea en la entrada del corredor. Al otro lado, las culatas de las lanzas golpeaban la puerta, seguidas de una orden amortiguada: «¡Ábrete, por orden de Su Eminencia, el Cardenal Lean del Consejo del Apócrifo!».

Dos guardias quitaron las barras de hierro y se esforzaron por abrir las puertas. Cardenal Lean Y su capitán entró apresuradamente, completamente empapado por la fuerte lluvia. Los guardias hicieron una reverencia al paso de los dos. Las puertas se cerraron con un estruendo ensordecedor. Sin detenerse, Lean y el capitán desaparecieron en el penumbra del pasillo, dejando un rastro de agua que goteaba de sus ropas sobre las piedras del pavimento, las cuales reflejaban las llamas temblorosas de las antorchas del corredor.

Cuando Lean dobló una esquina y se acercó al final de un pasillo, seis guardias se hicieron notar abruptamente. Estaban frente a una puerta alta y ricamente ornamentada, cubierta de intrincadas tallas, repujada con placas de metal brillante e incrustada con piedras preciosas. Letras griegas, la palabra APÓCRIFOS, estaba inscrita sobre la clave de bóveda. El sargento de la puerta dio un paso al frente, con la mano levantada y la palma hacia afuera. «¡Alto!». Los guardias que lo seguían alzaron sus armas en respuesta, y un estruendo de pesadas armaduras de hierro resonó en el pasillo. Lean se detuvo ante el sargento, quien continuó así: «Indique la naturaleza de...»

Lean apartó la mano con brusquedad. —¡No tengo tiempo! —Se inclinó, ahuecó la mano y susurró las palabras de despedida al oído del sargento.

El soldado dio media vuelta, chasqueó los talones y se dirigió a sus guardias de la puerta: «¡Abran paso a Su Eminencia, el Cardenal Lean del Consejo!».

Los guardias se apartaron apresuradamente y el sargento deslizó una gran llave de latón en la cerradura. Apoyaron sus hombros firmemente contra los impolutos tablonés de madera de la imponente puerta mientras la puerta se abría. Gimió y se abrió lentamente. Lean tomó una linterna que le entregó uno de los guardias antes de agacharse por el espacio recién hecho en la puerta. Detrás de él, la enorme puerta se cerró con una reverberación resonante. El eco se desvaneció y un silencio lo envolvió allí, en el silencio. oscuridad, solo interrumpida por su propia respiración y el suave crepitar de la llama de la antorcha.

Lean avanzó con paso decidido en la oscuridad, encendiendo una hilera de antorchas en la pared. La enorme sala fue tomando forma a medida que el Cardenal disipaba la oscuridad. Numerosas filas de estanterías cubrían las paredes. Pasillo tras pasillo de ellas se entrecruzaban en el suelo, sus estantes albergaban una vasta variedad de textos: manuscritos, rollos y cilindros de arcilla inscritos, todos secretos de la Santa Sede. Lean aseguró la antorcha en un espacio vacío. Soporte para linterna montado contra el lateral de un estante. Una espaciosa mesa de lectura iluminada ante él. Levantó uno de los varios taburetes de madera que había alrededor de la mesa y se apresuró a bajar. Numerosas filas de estantes. Dobló una esquina y se quedó paralizado; el hielo y el pavor le recorrían las venas. Unos metros más adelante, frente a él, ya había un taburete. Soltó el que llevaba y corrió hacia el otro.

Lean se subió al nuevo taburete y buscó en los estantes, escaneando febrilmente antes de... Lo encontró : La Estatua Física. Con un suspiro y un aparente respiro, tomó el enorme libro y se apresuró a la mesa de lectura. Apenas lo dejó sobre la mesa, se sentó en una silla y abrió la cubierta, sintió un vuelco en el corazón . Faltaban algunas páginas.

—¡No! —jadeó mientras pasaba las páginas, con la mano sobre la boca, los ojos muy abiertos y brillantes por una mezcla de asombro y profundo terror. Casi la mitad de las páginas habían desaparecido, arrancadas . —¡No ! ¡No! ¡No! —Salió disparado de la mesa y corrió hacia la puerta cerrada.

—¡Abre esta puerta de inmediato! —gritó Lean, golpeando la puerta con el puño. Una llave hizo clic en la cerradura y, con una fuerza renovada, empujó la pesada puerta para abrirla.

—¿Quién ha estado en el archivo? —gritó Lean.

El sargento tartamudeó: "Sus, eh... solo... solo los cardenales del Consejo han sido admitidos".

Lean se inclinó hacia su rostro y gruñó: "Soy el último del Consejo. ¡El último! ¡ No hay otro!"

—¿Y qué hay del cardenal Masson? —preguntó el soldado.

Lean se sobresaltó, con el rostro horriblemente desfigurado. "¿Masson? No existe tal cardenal."

"Él... este Masson conocía las palabras de paso, ¡Eminencia! Mis órdenes son permitir..."

—¡Dame la llave! —interrumpió Lean. El soldado obedeció. Lean le metió la llave bajo la túnica—.

¡Conozco tus órdenes, guardia! —Lean se recompuso—. Dime, ¿qué aspecto tenía? ¿Estaba vestido — Lean señaló su propia túnica escarlata— como un cardenal?

"Sí, Su Eminencia. Afirmaba ser un miembro del Consejo recién elegido. Afirmaba haber sido enviado por Su Santidad para inspeccionar ciertos registros canónicos. Y lo conocía bastante bien."

«Sargento, mi motivo para visitar los Apócrifos es informar a Su Santidad de sus obligaciones con ellos. ¿Cómo podría dar órdenes sobre asuntos de los que no sabe nada?»

"Su Eminencia, mis órdenes son..."

—Madre de Dios —murmuró Lean, distraída bajo dedos temblorosos, con la mirada fija en el suelo. El suelo antes de volver a mirar al sargento y entrecerrar los ojos, "¿Qué aspecto tenía este cardenal Masson?", insistió.

"Tenía mucha seguridad en sí mismo; se comportaba como un cardenal. Su estatura, cabello rubio, piel clara... ¡Ah! ¡Y un ojo marrón y otro blanco!" El soldado señaló su ojo izquierdo. "Este era ciego."

Lean se puso rígido y apretó los dientes. Solo había un cardenal con esos ojos.

Maldito sea, pensó Lean. Blasi... la universidad debió haberlo incitado a hacerlo.

—¿Quién venía con él? ¿La escolta? —preguntó Lean al sargento desconcertado.

"Vino solo, Su Eminencia, en su propia montura."

—¿Solo? —preguntó Lean con un fuerte bufido—. Sargento, vengo con decenas de guardias y un carruaje blindado. ¿No le pareció extraño que un cardenal viajara fuera del palacio y de la ciudad sin escolta? ¿Y encima a caballo?

"Su Eminencia, cada vez que venía, este masón —quiero decir, este hombre— me susurraba exactamente las mismas palabras que usted usó hace un momento. De lo contrario, no le habría permitido entrar. Mis órdenes..."

—¡Conozco sus órdenes! —exclamó Lean—. Cada vez que venía —dijo usted—, ¿cuántas veces, sargento? ¿Cuántas veces le abrió las puertas a este intruso?

—Muchos en los últimos días —dijo el sargento en voz baja—. Lo espero de nuevo mañana;

¿Debo detenerlo, Su Eminencia?

Lean sabía que, sin el conocimiento de Clement sobre los Apócrifos, el arresto de Blasi solo serviría para enfurecerlo y agravar una situación ya de por sí delicada.

—No, sargento —respondió Lean con calma—. Simplemente niéguele el acceso a los Apócrifos. No lo arreste. El nuevo Consejo decidirá qué hacer con él. Entonces le vino otro pensamiento a la

mente. —¿Alguna vez le ha repetido a alguien las palabras del pasaje?

“¿Yo, Su Eminencia? No lo he hecho. Tengo una orden que me lo prohíbe.”

“¿Nunca? ¿Ni siquiera a ti mismo?”

“Jamás, Su Eminencia.”

El hombre había estado vigilando la misma puerta durante casi dos décadas. Lean tenía pocas razones para dudar de él. Entonces se abrió en su mente; cuando vio la llave girar en la cerradura y una puerta a una La siniestra verdad quedó al descubierto; la comprendió de inmediato. El cardenal Basiliste fue torturado hasta que confesó las palabras del pasaje; esto sin duda vinculaba a Blasi con el asesinato de Basiliste.

“No dirás nada de esto a nadie. Cambiaremos las palabras del pasaje antes de que yo Vete. Nadie cruza el umbral del archivo, ni uno solo, salvo yo. ¿Me recoges ?

—En efecto, Su Eminencia. Así es —respondió el sargento apresuradamente.

“Una cosa más: ¿El intruso entró o salió con algo, aunque fuera un trocito de papel?”

El sargento respondió: “El primer día sacó dos encuadernaciones del archivo e insistí en que las devolviera. Lo enfadé, pero obedeció. Desde entonces, no se ha llevado nada en sus manos. Inspeccioné su túnica lo mejor que pude, pero no me atreví a...

—Exijo que se le registre, puesto que era... —Lo reuní como cardenal del consejo —exclamó el hombre.

Con las mejillas enrojecidas, miró fijamente las losas del suelo mientras murmuraba—: —Exactamente como lo hice con usted, Su Eminencia.

Lean frunció el ceño. —No hables más de esto. Cierra la puerta.

—Sí, Su Eminencia. —El sargento cerró de golpe la alta puerta y Lean sacó la llave de su ropa, cerrando la puerta desde dentro. Regresó a la mesa de lectura.

Lean evaluó los daños, recabando información sobre lo que Blasi podría haber aprendido de las páginas arrancadas.

Siguió hojeando más páginas.

“¡Maldita sea!” Lean golpeó con la mano una sección que faltaba. Buscó más a fondo en el libro solo para descubrir que todas las traducciones de Naramsin habían sido eliminadas.

—¡Maldito sea! —Golpeó la mesa con el puño; su ira resonó en la estantería, en el suelo y, tal vez, hasta los cimientos de la tierra. A través de Clement, Lean se aseguraría de que Blasi guardara silencio.

“¡Caw! ¡Caw!” Se oyó un graznido ronco, “¡Caw!” Un sobresaltado Lean levantó la cabeza de golpe para ver Un cuervo revoloteaba posado sobre una estantería, agitando sus alas. Lean se levantó lentamente. «¿Cómo demonios...?» El ave se abalanzó sobre Lean, apuntando directamente a sus ojos. Con un chillido, el Cardenal retrocedió tambaleándose. Como un rayo, las plumas negras y chirriantes le desgarraron la cara con su pico y garras brillantes. Con la cara cubierta de sangre y cegado, Lean retrocedió a trompicones, chocó contra una enorme repisa y cayó al suelo. La repisa se tambaleó y el cuervo alzó el vuelo. De rodillas, limpiándose los ojos de sangre, Lean descubrió al ave posada tranquilamente sobre la repisa donde la había visto por primera vez. Lentamente, se puso de pie.

“¡Crujido!” Lean miró por encima del hombro y vio cómo la estantería mecedora se desplomaba hacia él. Extendió el brazo y gritó. Una avalancha de libros y estanterías, la montaña, se le vino encima como un alud de encuadernaciones, sacudiendo la habitación hasta los más altos La antorcha, apoyada contra el lateral del estante, se estrelló contra la pila de libros y los incendió. Entonces todo quedó en silencio, salvo el crepitar de una llama y el gemido ahogado de un cardenal atrapado bajo los escombros. De repente, la figura del cuervo se convirtió en una nube de humo que se disipó y desapareció.

—¡Su Eminencia! —le gritó el sargento, golpeando la alta puerta.

Debajo del ataúd, Lean yacía atado, con las piernas rotas y las costillas destrozadas. Libros y estanterías lo bloqueaban por todos lados. El humo se colaba entre los escombros. «¡Dios mío! ¡Ayúdenme ! ¡Guardias!», gritó.

El humo se extendía por el suelo y, bajo el umbral de la puerta, se acumulaba alrededor de las botas del sargento . «¡Traigan un carnero! ¡Llamen a todos los soldados! ¡Ahora!», gritó el sargento a sus hombres. Se dispersaron. Golpeó la puerta con fuerza: «¡Cardenal Lean! ¡Abra la puerta!».

El tiempo pasó y el humo se hizo más denso. Cuando los soldados regresaron con su ariete, golpearon la alta puerta, haciéndolo con lágrimas punzantes y entre los gritos ahogados de

Un cardenal ardiendo con los pies por delante.

~*~

Dio la casualidad de que el destino había sido benévolo con el cardenal Blasi. Si Lean hubiera vivido un día más, Blasi podría haber sido acusado de asesinato. El Papa no habría tenido más remedio que iniciar una investigación exhaustiva de los Apócrifos. Y una investigación podría haber...

Si Blasi hubiera revelado el secreto que el Consejo guardaba, el Papa seguramente habría nombrado un nuevo órgano del Consejo Superior, incluso mientras Blasi yacía en una tumba de indigente. En cambio, Blasi ahora se encontraba mágicamente libre de obstáculos.

Al día siguiente de que las llamas devoraran los Apócrifos, el Lord de Armas del Pontífice, el capitán Pitro, fue enviado a investigar el accidente. Pitro regresó con sus conclusiones: la muerte del cardenal Lean y el incendio que destruyó el contenido del archivo fueron un mero accidente. El asunto se archivó y el Papado continuó su investigación sobre el asesinato del basiliste, aunque sin mucha urgencia. Con la visita del rey Felipe al Palacio Papal programada para dentro de menos de dos meses, la política ocupaba las mentes y las lenguas del palacio. Los Apócrifos y sus secretos tendrían que esperar. Después de todo, Inglaterra había ocupado partes de territorio francés y Felipe necesitaba la ayuda del papa Clemente, bajo la tregua vigente, para recuperar los territorios perdidos del norte.

Durante el mes siguiente, Blasi tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre los documentos que había robado. Las traducciones de Naramsin eran de especial interés para él.

En la intimidad del Château Rouge, leyó y releó el fascinante texto.

Si estas cosas son reales, pensó, sobrecogido, entonces el espectro de mi hermano decía la verdad: este monolito tiene el poder no solo de expulsar a Eduardo de Francia, sino de aplastarlo, y a todo lo demás. Inglaterra con él.

Era a primera hora de la tarde cuando Blasi entró en el patio del claustro del Palacio Papal. Vio a Julin caminando por los jardines, acompañado de dos jóvenes sirvientes. Sobre los hombros de los muchachos colgaba una larga pieza de tela azul medianoche adornada con botones plateados. “¡Cardenal Julin! Un momento de su tiempo”, gritó Blasi a través de la galería. Mientras se acercaba Julin, otro cardenal de túnica roja, Firmus, se acercó. Firmus también era supervisor del palacio y sus funciones lo convertían en el más impopular de todos los cardenales. Investigaba, documentaba e informaba directamente al Papa sobre todos los asuntos del palacio. En resumen, Firmus era los ojos y los oídos del Papa, y se comportaba como si ya lo supiera. elegido como el próximo Papa. Sin embargo, en realidad, no era más que un entrometido egocéntrico. cuerpo.

—Julin, ¿sabes dónde se encuentra el cardenal Toussain? —preguntó Blasi.

Firmus interrumpió: “Blasi, ¿has marcado los tres barriles de vino para Su Majestad, el rey Felipe?”.

—Sí, ayer por la mañana —respondió Blasi secamente antes de volverse hacia Julin y repetir—: ¿Dónde está Toussain?

Julin miró por encima del hombro. “Nos estaba siguiendo hace un momento. Quizás

¡Ah! Ya viene.

Toussain cruzó el arco de la Galería del Claustro con ambos brazos apoyados un grueso cuadrado de tela azul doblada.

Firmus metió su cara entre los Cardenales, exigiendo la atención de Blasi. "¿Ha Toussain llenaron las cajas de botellas de Su Majestad y las marcaron?"

Julin interceptó la pregunta. "Sí, lo hizo. Dos noches antes."

Toussain llegó junto al grupo, sin aliento y con el rostro desencajado. «Julin, si te quedas ahí parado mucho más tiempo, se te caerá la tela y la ensuciarás». Julin notó a los tres jóvenes sirvientes, con gestos de dolor, cuyos pies se movían bajo un peso considerable.

—¡Ay, Dios mío! ¡No lo dejes caer! ¡Al salón de banquetes! —exclamó Julin a sus sirvientes. Se dio la vuelta y saludó a los dos cardenales. —Blasi; Firmus —dijo, y salió a toda prisa, seguido por los muchachos.

—Voy justo detrás de ti —le gritó Toussain. Asintió a Blasi y Firmus, claramente preparándose para seguir a Julin. Firmus se puso delante, cruzó las manos a la espalda y se balanceó sobre los talones. —Su Santidad me ha pedido que confirme que las cajas de botellas están embaladas y marcadas —dijo con importancia, mirando a Toussain con desdén—. ¿Supongo que sí?

—Como debe ser —replicó Toussain bruscamente.

Blasi gruñó, exasperado: «Hace poco, Julin admitió que Toussain había preparado las botellas». Firmus echó la cabeza aún más hacia atrás, mirando a Blasi desde lo alto. «En efecto, lo ha hecho, pero quiero oír la palabra de Toussain y no la de otro. Ah, y dime, Blasi, ¿has puesto un guardia junto a los barriles de vino que marcaste para Su Majestad?».

—No había necesidad —afirmó Blasi con una ceja arqueada—. Les advertí a los barriles de vino que, si intentaban escapar de la bodega, me aseguraría personalmente de que murieran ebrios; y así, accedieron a no escapar. Una sonrisa irónica cruzó sus labios.

Toussain contuvo una risita.

Firmus frunció el ceño. —Fingiré que no he oído estas bromas de los cardenales —dijo con frialdad—. Blasi, tal vez hayas olvidado que Inglaterra y Francia están en guerra. Quizás debas asumir la responsabilidad personal, si Su Majestad cae envenenado y muere". Dirigiéndose a Toussain, continuó: "El Lord de Armas no está en la Sala de Guardia. ¿Lo has visto hoy?"

Blasi interrumpió. "Quizás ya hayas descubierto mis barriles de vino sin vigilancia y hayas buscado al capitán Pitro para que les ponga guardia, ¿verdad? Si es así, entonces podría parecer bastante inútil que me preguntes si he puesto guardia". Firmus bravuconó; sin embargo, Blasi no le dio oportunidad. "Sin embargo, preguntaste, quizás porque tienes la intención de..."

¿Convencer a Su Santidad de que me has sorprendido cometiendo algún horrible incumplimiento del deber?
¿Podría ser este el diseño de tu plan, Firmus? Para proyectar una imagen favorable.
¿Con la Santa Sede arrojando una luz negativa sobre mí?

Firmus rebatió la acusación con una cita del Libro de los Proverbios: “El necio dice todo lo que piensa, pero el sabio lo guarda para después”.

Toussain desarmó diplomáticamente el conflicto al responder a la pregunta que Firmus le había hecho anteriormente. “El conde de Pointers ya ha llegado y se encuentra en el ala de dignatarios. Creo que también encontrará allí al capitán Pitro, cardenal Firmus.”

—Sí, por supuesto —asintió Firmus, deseoso de concluir la conversación con sus propias palabras. Asintió con cautela a Toussain y Blasi—. Cardenal Toussain; Cardenal Blasi. Blasi le dio al hombre el espacio suficiente para recuperar el equilibrio antes de gritarle: “Y el que pasa y se entromete en una contienda que no le incumbe, es como el que agarra a un perro por las orejas”.

Firmus se puso visiblemente rígido, como si hubiera tomado en serio una cita del Libro de los Proverbios, pero siguió caminando como si no hubiera oído nada.

Toussain se mordió el labio para disimular una risa nerviosa. Se inclinó hacia Blasi y susurró: «El capitán Pitro está ahí, detrás de ti». Señaló discretamente los arcos del fondo del patio. «Allí, más allá de la columna del extremo. Habla con un guardia».

—¡Bien hecho, Toussain! —Blasi se acercó a la columna. Encontró a Pitro detrás y le susurró algo al oído. Pitro asintió en respuesta al susurro de Blasi y luego le dio una orden al guardia, quien se dio la vuelta y se apresuró a ir hacia la Gran Bodega. Blasi le dio una palmada en el hombro a Pitro en señal de agradecimiento y regresó junto a Toussain.

—Amigo mío, debemos hablar. Hay asuntos de suma importancia que debo compartir contigo —insistió Blasi, casi suplicando. Toussain observó la mirada casi obsesiva del otro hombre, con el movimiento de sus manos y su postura ansiosa. Mirando por encima del hombro de Blasi,

—¡Muchacho! ¡Ven rápido! —gritó—. Un joven escudero de grandes orejas se acercó con cautela a los cardenales vestidos de escarlata. —¿Su Em-nuh-idad?

—Eminencia, muchacho —lo corrigió Toussain—. E-m-i-n-encia. Usted es uno de los muchachos del cardenal Julin, ¿verdad?

“Sí, su... sí, señor.”

—Tu amo está en el Salón de Banquetes —dijo Toussain, ofreciéndole al niño desaliñado el trozo de seda gruesa—. Ahora llévale este paño. Dile al cardenal Julin que el cardenal Toussain llegará pronto. Y si ensucias este paño, escudero, tendrás que responder por ello.
¿Me entiendes?

“Sí, Su Eminencia.”

Toussain entregó el material con un suspiro. —Anda, pues. Vete. —El chico salió corriendo.

¡Fuera con el paño! Toussain declaró: «No, no en la bodega. Usted envió un guardia allí, y tengo sirvientes apostados en la despensa. La bodega es, sin duda, privada».
—Suficiente —respondió Blasi. Salieron juntos del patio.

Los dos hombres de túnicas rojas susurraron entre sí, subiendo unas toscas escaleras de madera hacia la Boteillerie. Toussain inspeccionó las seis habitaciones en busca de sirvientes antes de indicarle a Blasi que entrara en el Almacén de Botellas, donde intercambiaron objetos a través de un laberinto de estantes llenos y vacíos hasta que...

Se dirigieron a un rincón de la habitación. Desde allí, gozaban de una clara ventaja, ya que podían divisar la llegada de alguien que los sorprendiera, mucho antes de que el intruso pudiera oír su intercambio de palabras en voz baja.

Blasi habló durante largos ratos mientras una mezcla de emociones encontradas se reflejaba en el rostro de Toussain : sorpresa, escepticismo, horror, disgusto y, finalmente, incredulidad manifiesta.

—¿Cómo pretendes que me crea algo tan absurdo? —preguntó con firmeza, después de que Blasi terminara—. ¡Como un cuento fantástico!

Blasi se defendió diciendo: "¿Han visto alguna vez los dos monasterios de los que hablo, escritos en los registros fiscales papales? ¿Han conocido alguna vez el propósito del Concilio?". Mejor aún, ¿qué guarda en sus archivos? ¿Sabes por qué el Concilio y sus cardenales siempre se han mantenido al margen del electorado eclesiástico? Toussain, he visto registros de los Apócrifos. Lo que te digo es verdad, ante Dios y Francia. Están custodiando las mismísimas puertas del infierno.

—Entonces, ¿quieres que crea —dijo Toussain lentamente— que el Concilio de los Apócrifos construyó estos monasterios para custodiar piedras que, en verdad, son las puertas del Infierno? ¿Debo creer que si uno pronuncia estas inscripciones grabadas en la piedra, podría abrir el mismísimo infierno? ¿Y estas Piedras de Puerta —los labios de Toussain se detuvieron en la palabra como si tuviera un sabor nocivo en su boca— salvarán a toda Francia? Blasi, ¿me consigues un cardenal de palacio, a lo largo de los años, tan respetado por mis pares papales, porque me falta razón? —resopló—. ¡Hasta un imbécil tendría dificultades para creer una afirmación tan temeraria como la tuya!

“¡Es verdad! Sé que puede ser difícil de comprender, Toussain, pero te lo juro, es verdad.”

—Muy bien —dijo Toussain, frunciendo el ceño con gesto sombrío—. Supongamos que dices la verdad. Supongamos también, Blasi, que encuentras la manera de entrar en cualquiera de los monasterios del Concilio , y que hallas esta piedra fuertemente custodiada y pronuncias con precisión los conjuros necesarios para abrir las Puertas del Infierno. — Toussain miró fijamente a Blasi—. Suponiendo eso, ¿cómo persuadirás entonces a sus demonios? ¿Para hacer lo que les ordenen? ¿Qué dirán cuando estos... engendros de Satanás salgan de esta piedra? '¡Adelante, destruyan a los ingleses!'" Toussain emitió un grito áspero, casi un chillido.

Ríete. «Si un pájaro liberado de su jaula no regresa cuando se le ordena, ¿por qué estos espíritus deberían obedecerte una vez libres? Además, ¿cómo puedes abrir y cerrar una piedra con simples palabras? ¡No, Blasi! ¡Hablas como un niño cautivo, presa de una excitación fantasiosa!»

“Las Puertas de Piedra son mucho más que abrirlas y cerrarlas”, replicó Blasi. Son como puertas, pero ni se abren ni se cierran. Los espíritus pueden atravesarlas. Las traducciones están en verso, como las Escrituras. Es mediante estas palabras, las palabras grabadas en las piedras, que se puede invocar a los espíritus o devolverlos. Toussain negó con la cabeza. «Aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué estos espíritus deben obedecerte una vez que los has liberado?»

“¡Las traducciones confirman que se puede invocar a los espíritus de estas Piedras de Puerta y darles órdenes!”, exclamó Blasi, casi frenético, golpeando con el puño la gruesa tabla de la pared de la Sala de las Botellas. “Y hay más. Hace poco tuve una visión bendita. Mi hermano, Jean-Jacques, asesinado por los ingleses en Crécy, vino a mí. Habló de...”.

—¡Basta de tonterías! —exclamó el cardenal Toussain—. Me necesitan en el Salón de Banquetes. Tal vez puedas invocar al Espíritu de tu hermano y a estos... tus demonios de piedra. para ayudarte. Ni Julin ni yo te apoyaremos cuando la Inquisición te acuse de herejía, Blasi. Oh, puedes estar seguro de que le contaré tu descabellada historia a Julin, como me pediste, y puedes estar seguro de que te volverá loco de fiebre. Yo también.” Toussain se dio la vuelta.

—No, espera. Un momento más —le gritó Blasi.

Toussain no se detuvo ni se giró mientras hablaba. «Nunca he tenido esta conversación contigo, y si afirmas que sí...»

—¿Le gustaría ver los discos usted mismo? —Blasi se abrió paso entre las estanterías de botellas—. Los tengo.

Toussain se detuvo bruscamente y se frotó la barbilla. Ningún cardenal universitario rechazaría la oportunidad de examinar los registros del Consejo, independientemente de las afirmaciones sin sentido de Blasi, si realmente se le concediera acceso a ese misterio oculto que el Consejo había guardado con tanto celo durante tanto tiempo.

—Muéstrame esos documentos, pues. Déjame ser testigo y reunir mis propias conclusiones. Si son convincentes, escucharé más al respecto. Si no, te devolveré los documentos, con la condición de que dejes de molestarnos a Julin y a mí con esta locura. Olvida que alguna vez nos hablaste de este asunto. ¿Me das tu palabra, Blasi?

“En efecto, usted lo tiene. ¿Y yo tengo el suyo, que usted custodiará estos registros a toda costa y devolverá cada hoja después de su inspección personal?”

“No los necesito. Los devolveré todos; así lo digo.”

—Muy bien, entonces. Blasi pareció desplomarse de alivio. Quizás tendría aliados, una vez que sus amigos vieran lo que él había visto. —Y cuando descubras que digo la verdad, esperaré una disculpa de tu parte.

—Serviría igual —rió Toussain, pero pensativo. Qué ridículo era este hombre en su locura. Sin embargo, los registros de los Apócrifos...

“Está acordado.”

“Tendré los registros listos para usted al amanecer. Los llevaré al sótano.” Blasi se marchó.

Toussain observó a Blasi cruzar el patio, esperando antes de abandonar la Boteillerie. Después Es posible que ese hombre ya haya dicho esta locura a otros; no le convendría que lo vieran en compañía de alguien que, según Toussain, acabaría en el potro de tortura del Inquisidor antes de que pasaran quince días.

Tal como habían acordado, Blasi lo esperaba en el sótano a la mañana siguiente. Le entregó a Toussain las páginas de los Apócrifos, que había arrancado de la Estatua del Cuerpo y de varias otras encuadernaciones: casi cien páginas en total. En un breve instante de lectura absorta, Toussain comprendió, con creciente horror, que Blasi decía la verdad. «Todo cierto», pensó, aturdido, «Todo». El resto del día permaneció sentado en su estudio, inmóvil, sin comer ni beber; los antiguos escritos esparcidos a su alrededor. Al caer la noche, se puso de pie tambaleándose, como si luchara por despertar entre la niebla de una pesadilla. «Todo cierto», susurró a la habitación vacía. Recogiendo las páginas con cuidado, Toussain fue en busca del Cardenal Julin.

Ciudad de Aviñón ~ Palacio Papal ~ Junio de 1347

El Salón del Cónclave del Palacio Papal estaba revestido de murales de escenas religiosas y pinturas de dignatarios papales. Tapices flamencos colgaban en lo alto de las suntuosas estancias. El Salón se extendía a lo largo y ancho bajo imponentes muros.

Su suelo se extendía como un océano bajo las enormes vigas del techo. Las vigas arqueadas del El techo se asemejaba al casco invertido de un barco, tal vez apto incluso para la odisea de Noé. El salón servía como habitación de invitados del palacio, una suite para dignatarios visitantes y era adecuada para cualquier Rey.

Guardias y sirvientes entraban y salían de la entrada del Salón, desempaquetando las pertenencias del rey Felipe.

equipaje. «¡Abran paso!», bramó una voz desde fuera de la puerta. La entrada se despejó mientras los guardias con alabardas marchaban, escoltando a un corpulento cardenal hasta el fondo del Salón del Cónclave. Atravesaron la entrada y entraron en un Salón de Banquetes ricamente decorado antes de detenerse en seco.

Una gran mesa de comedor presidía la sala. Sentado solo en una silla de respaldo alto que dominaba la mesa, el rey Felipe disfrutaba de un cordero. Cenaba solo. Ante él, la mesa estaba cubierta de vajilla de oro y plata. A su lado, un ayuda de cámara estaba siempre dispuesto a rellenar su copa de vino.

Uno de los guardias golpeó el suelo con su alabarda y se dirigió a la sala: «El cardenal Julin de la Santa Sede solicita una audiencia con Su Majestad, el rey Felipe de Francia». —Asegúrense de que entre —ladró Philip, tosiendo con la boca llena de carne.

Los guardias permitieron que el Cardenal Julin siguiera adelante y luego se dieron la vuelta y salieron del Salón. Después, ambos se apartaron y se quedaron inmóviles junto al interior de la entrada. Julin se acercó a la mesa e hizo una reverencia. «Su Majestad».

Philip alzó la vista, limpiándose despreocupadamente la barbilla grasienta: «Como siempre, Cardenal, sus cocinas rivalizan con las mías; el servicio, incomparable. ¿Ha considerado mi oferta de dirigir mis cocinas y el salón de banquetes, Julin? Le recompensaré con creces todo lo que ahora tiene. No esperaré más de lo que ya hace por Su Santidad». Julin sonrió e hizo otra reverencia, sonrojándose por el halago real sobre la gastronomía. "Me siento muy honrado, Su Majestad, pero mi servicio debe permanecer con la Iglesia". Philip negó con la cabeza. cabeza decepcionada.

—Bien —dijo Philip señalando una bandeja de plata—. Parece que esta vez has desconcertado incluso a mi ayuda de cámara, Julin. ¿Qué ocurre? En la bandeja reposaban dos lámparas de aceite en miniatura, un aparato de porcelana con tres patas y una lata de agua. En el centro, una caja forrada de seda, finamente decorada con pinturas de dragones, contenía un nido improvisado de paja con un solo huevo.

—¿Puedo? —preguntó Julin.

—Por supuesto que sí —asintió Philip, mirando fijamente a los dragones pintados.

Julin ensambló las piezas. «Lo adquirí de un barco mercante genovés. Supuse que te gustaría». Colocó las dos lámparas y la lata en su sitio. Luego, sacó el huevo y lo introdujo en el artilugio. «Hay que encender las lámparas».

—Trae una llama —dijo Philip chasqueando los dedos. El mayordomo se marchó y regresó con una llama. Julin encendió las lámparas. "Los aceites de las lámparas son fragantes. Ahora, el huevo se prepara mientras comes y puedes comerlo después de la comida". Una llama calentaba el recipiente con agua debajo del huevo. Otra ardía detrás del huevo, frente a una placa reflectante cóncava. La luz concentrada

ofrecía una vista del interior del huevo.

Philip miró dentro y descubrió la yema más oscura del huevo, suspendida en un brillo opaco. "Tengo que tener uno. ¿Cómo se llama este artilugio de tres patas?"

—Llámalo como quieras. Es tuyo, Su Majestad —dijo Julin sonriendo, extendiendo la mano frente al ayuda de cámara para rellenar la copa de Philip—. ¿Puedo hablar contigo a solas?

Philip hizo un gesto al ayuda de cámara para que se fuera y extendió la mano hacia una silla. —Siéntate, Julin. Habla. Julin se acomodó en la silla.

—Ventana de huevo —murmuró Philip de repente con una sonrisa.

“¿Su Majestad?”

—Su nombre ... —Philip señaló el trípode decorado con dragones—. Es una ventana con forma de huevo, ya que puedo ver a través de ella.

« Ventana de Huevos... sin duda, un nombre excelente». Julin se aclaró la garganta. «Majestad, si me permite... entiendo que ha venido a pedir consejo a Su Santidad sobre Eduardo y... los desafortunados sucesos de Crécy».

—Entonces alguien te ha engañado —afirmó Philip, adoptando un tono frío y distante—. Los consejos son como el agua: están por todas partes y siempre cambian. Tengo muchos consejos. París está repleto de ellos. Necesito ejércitos.

—Permítame ser más directo con usted, Su Majestad —susurró Julin, inclinándose hacia adelante y vislumbrando a los guardias de la puerta mientras hablaba.

—¡Guardias! ¡Déjenos en paz! —exclamó Philip. Los soldados salieron del gran salón y desaparecieron tras las puertas cerradas. Se recostó y escuchó mientras Julin hablaba de la Piedra de la Puerta de los Guardianes de los Apócrifos y su posible uso como arma contra los ingleses. Julin explicó cómo el Rey podría ayudar, prestándole suficientes soldados para tomar el control de la Piedra de la Puerta.

“Por lo tanto, como ya habrán podido deducir”, afirmó Julin, resumiendo su explicación, “la situación es sumamente grave y su ayuda es fundamental”.

“¡Oh, por supuesto! Claro que sí, claro que sí”, afirmó Philip, tragando los últimos bocados de carne. Philip inclinó la cabeza, tomó una servilleta y se la puso en la boca. Se oyeron jadeos ahogados . El rostro del rey se enrojeció.

Julin se levantó de su asiento. —¿Su... Su Majestad? —Julin tomó una copa de agua de la mesa.

Philip dejó caer la servilleta, echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas, haciendo resonar el salón con su hilaridad. Entre risitas, tosió: "¿Espíritus... legiones de fantasmas? Sí, lo destruiré con mis fantasmas. ¡En efecto! ¡Con mis fieles fantasmas!". Philip alzó la vista hacia el techo y gritó con sarcasmo melodramático: "¡Vete, Edward, o te mataré!".

¡Invocaré a mis fantasmas sobre ti!

Julin dejó la copa y se recostó en su silla, desanimado. "Majestad, hablo en serio".

El rostro de Philip se tornó severo. Se inclinó hacia adelante apoyándose en un codo, mirando fijamente mientras susurraba: "¡Yo también!". Ya he reunido un ejército de Fantasmas, Julin, en Crécy. Tráelos de vuelta. Trae de vuelta a mis ejércitos. Permíteles vengar sus muertes a manos de Edward. ¿Puede tu piedra tejer tal magia?

Julin intentó dar más explicaciones. "La Piedra de la Puerta... es una especie de máquina, sin embargo..." Philip cruzó los brazos sobre la mesa y lo interrumpió: "Y supongamos que puedes liberar a esos fantasmas tuyos. ¿Qué, entonces? ¿Cómo les pedirás que destruyan a Edward? Dime, Julin, ¿cómo matan los fantasmas? ¿Quizás asusten a Edward hasta la muerte? —Golpeó su...

Golpeó la mesa con el puño. Julin se sobresaltó y se echó hacia atrás. "¡Tonterías! Necesito cuerpos calientes... hombres ¡Entrenado en combate! Necesito armas. Necesito dinero. Si quisiera asustar a Eduardo, podría mandar a buscar su cabeza, junto con una muestra de barcos repletos de las cabezas de todos los franceses que mató. Los ojos de Philip eran dagas heladas y Julin bajó la mirada.

Felipe se recompuso y se recostó en su silla. «Por desgracia, Cardenal, mis convicciones no son tan —cómo decirlo— refinadas como las tuyas. Yo veo batallas ganadas con sangre, sudor y ejércitos bien equipados, no con fantasmas. No vine a Aviñón en busca de consejo, ni de oraciones, ni de promesas, ni de historias de piedras mágicas. Como bien sé, la Santa Sede recauda impuestos tanto de Francia como de Inglaterra. Francia necesita esos fondos para su defensa continua y yo he venido en nombre de Francia, como su rey.»

"Majestad, con tan solo unos pocos de sus hombres, según entiendo..."

—No, Cardenal; esto es lo que creo. Creo que Su Santidad te ha instigado a hacer esto. Creo que Su Santidad no desea concederme el préstamo y te ha enviado para que me hagas otra promesa, solo que esta vez, un ejército de fantasmas. Philip sacó el huevo del artilugio, se recostó y comenzó a pelarlo. —Infórmale a Clement que su pequeña estratagema ha fracasado.

Julin saltó de su silla. "¡No! ¡Su Santidad no me envió! ¡Él ignora todo lo que te dije! ¡Y así debe seguir siendo!"

Felipe se quedó paralizado, con la mirada fija en el tembloroso Cardenal.

Julin encontró su asiento con torpeza e inclinó la cabeza. "Perdóname, Su Santidad. Soy un tonto sin cerebro.

Philip volvió a pelar su huevo. "Hay más en ti de lo que incluso yo sospechaba.

Considera esto, Julin: aceptaré prestar algunas de mis tropas a tu ridícula causa si Su Santidad me concede un préstamo equivalente a los impuestos recaudados en Francia e Inglaterra. Si Su Santidad se niega, entonces quizás todos lleguen a comprender cómo Su Santidad oculta esta piedra herética suya.

“¡Pero, Majestad! No debe hablar de esto...”

—No debo permitir que me digan lo que no debo hacer, Cardenal —replicó Felipe con firmeza. Se inclinó sobre la mesa y susurró—: Si me aseguras el préstamo, recibirás a tus soldados. Ese es el acuerdo. Ahora, debo descansar.

“Su Majestad—”

“Basta, Julin. Nunca hablamos.” Philip se giró y gritó al otro lado del pasillo: “Valet, yo soy ¡Hecho! ¡Guardias, pasen! Los guardias reaparecieron. «¡Acompañen al buen Cardenal a la salida! ¡Y desalojen mis aposentos! ¡No más visitas esta noche!»

—Sí, Su Majestad —dijo Julin, levantándose, haciendo una reverencia y siguiendo con gesto sombrío a los guardias hasta la puerta.

~*~

Al día siguiente, Felipe y Clemente, junto con su séquito de notarios, se reunieron en el Salón del Tesoro. Solo entonces Clemente se percató de que la solicitud de préstamo de Felipe era de una cuantía considerable, lo suficientemente grande como para retrasar la construcción del Palacio Papal. El rumor se extendió; los susurros resonaban en los pasillos. Las reuniones no iban bien y la mayoría de los funcionarios papales sabían que era mejor dejar tranquilo al iracundo Pontífice. Muchos también estaban seguros de que Clemente no le ofrecería a Felipe más que una porción, una promesa y una oración. Enojado y temeroso, Julin se acercó a Toussain, quien luego habló con Blasi con igual preocupación. Si Clemente descubría sus intenciones, podría expulsarlos a los tres del Colegio, excomulgarlos y encarcelarlos. Blasi calmó sus temores y se puso manos a la obra, tejiendo una red que parecía una tarea imposible.

Al mediodía, Blasi entró en la Sala de Guardia, se acercó a un guardia y le susurró algo al oído. El guardia asintió varias veces y Blasi le entregó una carta y una moneda de oro. “Ni una palabra a nadie. Prepárense, que viene”, ordenó Blasi entrecerrando los ojos.

—Sí, Su Eminencia —dijo el guardia haciendo una reverencia mientras Blasi se alejaba a toda velocidad. En un instante, al llegar desde En el ala de dignatarios, el cardenal Firmus entró en el Salón de la Guardia. Siguiendo las instrucciones, el guardia se acercó a Firmus y le entregó la carta.

—Su Eminencia —dijo el guardia haciendo una reverencia.

—Sí, ¿qué es? —resopló Firmus.

“Encontré esta hoja en el patio. No parece ser una orden de un guardia.

¿Quizás sea importante?”

Firmus leyó la carta, frunció los labios y escrutó los ojos del guardia.

“¿Sabes leer?”

“No, Su Eminencia.”

“Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de lo que no es?” Firmus le preguntó.

El guardia respondió a la defensiva: «Conozco el aspecto de esas órdenes; casi todas parecen iguales. Esta hoja no tiene ninguna marca de distinción».

“¿Le enseñaste esta hoja a alguien?”

“Lo acabo de encontrar. Eres el primero en verlo.”

“Bien, entonces me aseguraré de que te la devuelvan. No debes hablar de esta hoja con nadie.

Nunca la encuentre. ¿Entiendes lo que quiero decir, soldado?”

“Sí.”

“Si llego a tener noticias al respecto, te citaré para que me des explicaciones; ahora vuelve a tus deberes.”

—Sí, Su Eminencia —dijo el guardia, haciendo una reverencia y alejándose. Firmus miró a su alrededor, con codicia y culpa en los ojos; apretó la carta contra su pecho y la leyó de nuevo:

Estas son las condiciones de Su Majestad: Concederá en secreto una décima parte del préstamo al Cardenal que convenza a Su Santidad de...

Extienda el monto total. Si el préstamo es mayor que su solicitud inicial, Su Majestad también acepta que al Cardenal se le debe una décima parte de todos los excedentes. Queme esta hoja. No hable con nadie.

Firmus recorrió los pasillos con la mirada en busca de ojos indiscretos. Al no ver a nadie, deslizó la carta bajo su túnica y se alejó a toda prisa, sin darse cuenta de que Blasi lo observaba desde las sombras a lo lejos.

En el plazo de una hora, Firmus se encontraba en la Sala de las Cuatro Ventanas del palacio, convenciendo a Clemente de conceder un préstamo aún mayor del que solicitaba Felipe, sugiriendo un porcentaje más alto y más elevado. Reembolsos frecuentes. La discusión se acaloró. Firmus rara vez había visto a Clemente tan enojado. Sin embargo, Clemente solía recurrir a los consejos de Firmus en asuntos de Estado. Finalmente, el Papa accedió a regañadientes a las sugerencias del cardenal Firmus.

Esa misma tarde, el rey Felipe y el papa Clemente firmaron los documentos. Tras la transacción, Felipe vislumbró la cabeza cortada de Eduardo, Firmus se vio a sí mismo en el trono papal y Blasi recordó los rostros de sus hermanos muertos. Toussain y Julin se vieron como cardenales de Francia, mientras que Clemente previó más retrasos en la creación de su gigantesca maquinaria papal. La transacción complació a todos, a todos excepto a Clemente, sus tesoreros y

el chambelán papal.

A la mañana siguiente, el rey Felipe convocó al cardenal Julin al Salón del Cónclave. Felipe estaba sentado en la silla reservada, con el cardenal Firmus ya frente a él, con las manos entrelazadas, cuando anunciaron a Julín. Los cardenales intercambiaron miradas. Ambos sentían curiosidad por los asuntos del otro, pero ninguno se atrevía a hablar abiertamente en presencia del otro.

—Ah. Cardenal Julin, venga —le indicó Felipe con un gesto para que se acercara.

Julin hizo una reverencia. “Su Majestad.”

Felipe se volvió hacia Firmus. “¿Decías, Cardenal Firmus?”

Firmus se aclaró la garganta. —He venido a ver si necesitaba algo, Su Majestad.

«¿Su Santidad envía a un cardenal para atender las necesidades de sus invitados reales? Yo he traído mi propio séquito de sirvientes. ¿Acaso merezco un trato tan especial?», dijo Felipe, frotándose la barbilla.

—No exactamente, Su Majestad. Firmus se aclaró la garganta y le lanzó una mirada furtiva a Julin. —Si a Su Majestad le place, ¿podría hablar con usted a solas?

—En efecto. Cardenal Julin, por favor, espere afuera. Cardenal Firmus, acérquese. Julin hizo una reverencia y salió del salón.

Firmus susurró: «Majestad. Fui yo quien gestionó su préstamo. Vine a hablar de la compensación».

Felipe soltó una risita. «Veo que la Iglesia no está exenta de corrupción. Muy bien, Cardenal, me corresponden tres barriles de vino en la bodega del palacio. Le dejaré uno ; lo llamaremos un regalo, por supuesto».

Firmus se retorció. —No puedo aceptarlo, Majestad. Si me lo permite, quisiera hablar sobre la décima parte del préstamo.

Philip estaba atónito. “¿El diezmo? ¿Un décimo del préstamo... como compensación?”

“La décima, Su Majestad, por haber convencido a Su Santidad de conceder el préstamo.”

Philip frunció el ceño. —Puede tomar lo que le ofrezco, Cardenal. Incluso eso es más que suficiente. Ahora, ¿desea el vino?

«Su Santidad jamás lo permitirá. Majestad, tengo la hoja que describe los términos de nuestro acuerdo».

Firmus deslizó la página de su túnica y Felipe la leyó. Alzó una ceja.

“¿Qué tontería es esta? ¿Quién escribió esto sobre mí?”

¿Acaso no lo sabe, Su Majestad?

“¡Yo no he dicho tal cosa! Y en cuanto a compensación, ¡mi silencio sobre este asunto será!”

Philip deslizó el papel en su chaleco. “Si le dices a alguien que tú o el Cardenal Julin se acercaron a mí esperando una parte del préstamo para ustedes, informaré a Su

¡Santidad que ambos conspiraron contra él! ¡Apártense antes de que me arrepienta de mi silencio!

—Sí, Su Majestad. Con el rostro adusto, Firmus hizo una reverencia y salió de la habitación. Una vez fuera, miró a Julin con el ceño fruncido antes de escabullirse apresuradamente por el pasillo.

—Hagan pasar al Cardenal Julin —ordenó el Rey. Los guardias obedecieron.

Philip sacó el papel de su chaleco cuando Julin se acercó y lo extendió lentamente entre dos dedos. Lo miró fijamente, y Julin miró fijamente el papel que sabía que era la nota de Blasi. Philip soltó una carcajada y guardó la hoja en su chaleco.

—Eres muy ingenioso, Julin. Tranquilo; todo está bien —rió Philip—. Simplemente te convencí para que aseguraras mi préstamo, y lo hiciste bien. Puedes olvidar que te puse en peligro con Su Santidad. —Volvió a reír—. Sabía que Su Santidad nunca te había enviado. Te conozco demasiado bien. Ah, y el Cardenal Firmus cree que también has venido por tu recompensa. Hice saber que, si alguno de vosotros confiesa algo al respecto, yo... Comparta el asunto con Su Santidad.

“Mi más humilde agradecimiento, Su Majestad.” Julin hizo una reverencia sonriendo.

“Ahora bien, en cuanto a tu piedra mágica de los fantasmas, te concederé a mis soldados bajo estrictas condiciones. Primero, Su Santidad no debe saber nada de ella, jamás. Segundo, mis hombres estarán a tu servicio solo por unos pocos días.”

—Muy bien, Su Majestad —respondió Julin.

“Tendrás a mi capitán Bourne y a sus hombres. Confío en él para asuntos secretos. Solo él debe estar al tanto de todo. No hables con sus hombres; él les dará órdenes.”

“Por supuesto, Su Majestad.”

“Ahora está en Aviñón y tiene doscientos hombres. Con eso bastará, ¿no?”

Julin negó con la cabeza: “Desde luego que no. Son demasiados”.

¿Puedo recordarle que estamos en guerra con Inglaterra? Bourne mantiene a sus soldados unidos para evitar que sus filas se debiliten por divisiones innecesarias. Confío en su mando e instinto. Es el mejor de mi Guardia Real y no veo necesidad de molestarlo dividiendo sus filas ni su mando, ni siquiera por un breve período. Por lo tanto, la oferta sigue siendo de doscientos o ninguno. ¿Cuál es su decisión, Cardenal Julin?

“Doscientos, Su Majestad.” Julin suspiró.

El rey eructó, respiró hondo y se recostó en su silla. Finalmente, simplemente... miró fijamente a Julin antes de entrecerrar los ojos con aparente sospecha. Y en ese instante que parecía eterno, Julin bajó la cabeza, esperando que el rey reconsiderara la oferta y lo despidiera airadamente. En el silencio, atrapado en una mirada congelada hacia abajo, Julin sintió la opresión constante de la sala, siempre tan silenciosa, sobrecogedora.

sobre sus hombros—el silencio prolongado era ensordecedor. Una creciente aprensión le quemaba el cuello y la cara; y estaba completamente dispuesto a huir del alto salón abovedado de su propia casa. de acuerdo, si hubiera tenido el permiso repentino para hacerlo.

—Hecho —ladró finalmente el rey Felipe—. Ahora, cuéntame los detalles: ¿cuándo y dónde te contratará el capitán Bourne, y qué necesitas de él?

[Fin del capítulo 4]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~